

encantadas memorias de la niñez, los amargos desengaños de la juventud, el amor de su excelente esposa, el dolor y el arrepentimiento. Hizo un esfuerzo el moribundo, y el canto del cisne estremeció el corazón y asomó las lágrimas á los ojos:

En esta cueva humilde y tenebrosa,
Sepulcro de los tiempos que han pasado,
Mi espíritu reposa
Dentro en su mismo cuerpo sepultado;
Y todos mis sentidos
Con beleño mortal adormecidos,
Libres de ingrato dueño
Duermen, despiertos ya de largo sueño
De bienes de la tierra,
Gozando blanda paz tras dura guerra...

Yo soy aquel mortal que por su llanto
Fué conocido más que por su nombre,
Ni por su dulce canto;
Mas ya soy sombra solo de aquel hombre
Que nació en Manzanares
Para cisne del Tajo y del Henares.
Llaméme entonces Fabio;
Mudóme el nombre el desengaño sabio,
Y llamóme Escarmiento.
Muy célebre habité con dulce acento
De Pisuerga en la orilla; mas agora
Canto mi libertad con mi silencio.
El Lete me olvidó de mi señora,
El Lete cuyas aguas reverencio...

Estas mojadas, mal ensutas ropas,
Estas no escarmentadas ni deshechas
Velas, proas y popas;
Estos pesados grillos, y estas flechas,
Estos lazos y redes
Que me visten de miedo las paredes,—
Son venturosas prendas, aunque atroces,
Que mudas como ves, sin lengua y muertas,
Me están al alma siempre dando voces,
De arena y agua de la mar cubiertas;

Si no fué ejemplar la vida de QUEVEDO, lo fué su muerte, resplandeciendo en ella la fe y la piedad cristianas.

Falleció en Villanueva de los Infantes, el día 8 de setiembre de 1643, al cumplir sesenta y cinco años de edad. Yace en la iglesia parroquial de aquella población, en la capilla de los Bustos (2).

(1) Que esta fué la última composición de QUEVEDO está fuera de duda; sobre el tiempo en que se escribió la hay sin embargo. Don Pedro Aldrete, en el prólogo á *Las tres musas últimas castellanas*, dice que: «habiendo, despues de su última prision de Leon, vuelto DON FRANCISCO á la Torre de Juan Abad, ántes de irse á Villanueva de los Infantes á curar de las apostemas que desde la prision se le habian hecho en los pechos, ocho meses ántes de su muerte (en febrero de 1643) compuso la primera canción que va impresa en este libro, en donde parece predice su muerte, publica su desengaño, y da documentos para que todos le tengamos. Puede servirle de inscripción sepulcral.»

(2) Asistióle en sus últimos instantes el padre Diego Jacinto de Tebar, de la compañía de Jesus, docto varon, el mismo que en igual trance auxilió al cronista Pellicer, al bibliógrafo don Nicolas Antonio, y al famoso escritor de la *Conquista de Méjico*.

Y del llanto y licor que el alma suda
Hechas tragedia de mis males muda.
Aquí con estos bárbaros trofeos
De peregrinaciones trabajosas
Descansan mis deseos;
Aquí paso las horas presurosas
Razonando conmigo...

Estos silvestres árboles frondosos,
Los pobres frutos que este monte cria
(Aunque pobres, sabrosos)
Me ofrecen mesa franca noche y día;
Sirvenme aquestas fuentes
De tazas de cristal resplandecientes...
Aquestos pajarillos en su canto
Imitan de los ángeles los tronos,
Reglando con mi gusto y con mi llanto
Ya los alegres, ya los tristes tonos.
A murmurar me ayudan estos rios
De la corte las pompas y atavíos...

Llenos de paz mis gustos y sentidos,
Y la corte del alma sosegada;
Sujetos y vencidos
Los gustos de la carne amotinada,—
Entre casos acerbos
Aguardo á que desate destos niervos
La muerte prevenida
El alma, que añudada está en la vida,
Para que en presto vuelo,
Horra del cautiverio deste suelo,
Coronando de lauro entrambas sienas,
Suba al supremo alcázar estrellado,
A recibir alegres parabienes
De nueva libertad, de nuevo estado (1).

«Viendo los médicos que por la fuerza del mal iba DON FRANCISCO desfalleciendo cada día, mandáronle dar los santos sacramentos, así del Viático como de la Extremaunción. Lleváronle la sacrosanta Eucaristía con público y lucido acompañamiento de la parroquia, y la recibió con reverente ternura é intensa devoción. Quisiéronle traer juntamente la santa unción, y mandó diferirla, pareciéndole no corría tanta prisa. Sintióse despues algo aliviado de sus males; pero no pasó muy adelante la mejoría, pues volvieron con tanta violencia, que obligaron á venir desde Granada, para asistirle, á su sobrino don Pedro Aldrete y Carrillo. Alegróse sumamente DON FRANCISCO de ver á don Pedro, á quien quería entrañablemente por sus prendas de virtud y letras; y despues de haber estado con él algunos días, quiso que volviese á Granada, pidiéndole tan solamente le dejase persona que le sirviese de secretario. Ejeculó don Pedro su viaje, dejando con su tío al licenciado

Era de buena estatura, el cabello negro, limpio y algo encrespado; la cabeza ancha y bien repartida; blanco el rostro, larga y espaciosa la frente, con algunas viejas heridas, testimonio de su valor. Tenia las narices grandes y gruesas, y los ojos muy vivos y rasgados; pero tan corto de vista, que llevaba anteojos continuamente. Fué abultado de cuerpo, de hombros derribados y robustos, de brazos flacos, pero bien hechos y galanos; cojo y lisiado de entrambos piés, que los tenia torcidos hacia adentro; de ingenio pronto y feliz, agudo en los dichos y profundo en las sentencias (1). Sumamente apasionado al estudio, leía en el coche, durante la comida, en el des-

Juan Lopez, criado suyo muy antiguo, y tan ejemplar y virtuoso, que hoy es beneficiado de la villa de Agreda; el cual le asistió con grande puntualidad. Desde que recibió el Viático hasta el último de su vida cada día se quedaba á solas tres y cuatro horas, previniéndose á la muerte con fervorosos actos de amor de Dios. Mandaba despejar su cuarto, y si alguno se asomaba para ver lo que hacia ó si habia menester alguna cosa, sentia casi con impaciencia que le estorbasen su recogimiento. Tres días ántes de morir, llevándole el licenciado Juan Lopez algunas cartas á que las firmase, dijo publicamente á los que allí estaban presentes: «Estas son las últimas cartas que tengo de firmar.» Sucedió su muerte el año de 1643, á 8 de setiembre, día célebre por el nacimiento de nuestra Señora, y dichosa muerte de santo Tomás de Villanueva, su abogado y protector, habiendo ántes repetido muchas veces que su mayor consuelo era morir en día tan señalado: prenda muy cierta del patrocinio que hallaría en la intercesion de la Madre de Dios, y del Santo, de quienes fué muy devoto. Y no carece de misterio el haber fenecido el curso de su vida en día tan célebre por muerte y nacimiento; pues por lo que se vió en su buena disposicion, se puede tener por constante que murió á la vida perecedera, para nacer á la inmortal de los bienaventurados.

Compuesto el cuerpo con la diligencia acostumbrada, y vestido con el manto de caballero y botas y espuelas doradas, tratóse de sus exequias y entierro. Y porque en su testamento habia ordenado que le enterrasen por vía de depósito en la capilla mayor de la iglesia y convento de Santo Domingo de Villanueva, en la bóveda en que estaba enterada doña Petronila de Velasco, viuda de don Jerónimo de Medinilla, y que de allí le transiriesen á la iglesia y convento real de Santo Domingo de Madrid, en la sepultura de su hermana doña Margarita de Quevedo; previniéndose los frailes para el depósito, no quisieron venir en ello el vicario y clérigos de la parroquia, deseando tener esta prenda en su iglesia. A la cual finalmente le llevaron con grande lucimiento y concurso, y le hicieron suntuosas exequias, depositándole en la bóveda de la capilla de los Bustos, caballeros muy antiguos de aquella tierra.» (Tarsia, páginas 143 y siguientes.)

«El día de la Natividad de nuestra Señora, 8 de setiembre, célebre por el nacimiento de la Reina de los ángeles y muerte de santo Tomás de Villanueva, de quienes habia sido muy devoto, envió á llamar al médico por la mañana, y le pidió le tomase el pulso y le dijese cuánto le parecía podría vivir. Aunque lo rehusó el médico, respondió que tres días; á que replicó que no habia de vivir tres horas. Pidió la unción, recibióla; murió ántes de cumplirse las tres horas. Quedó con mejor semblante que vivo. Despues de diez años de enterrado, se vió su cuerpo entero.» (Don Pedro Aldrete Quevedo y Villegas, en el prólogo á *Las tres musas últimas castellanas*.)

(1) A la torpeza de los piés aludia Cervántes en el *Viaje del Parnaso*, cuando, instándole Mercurio porque hiciese venir á DON FRANCISCO, dijo:

— Oh, señor, repliqué, que tiene el paso
Corto, y no llegará en un siglo entero.

Por lo demas este retrato de QUEVEDO es copia del que hizo de sí mismo en la sátira que comienza

Pues más me quieres cuervo que no cisne...

Hoy, merced al grabado, á la pintura y á la escultura, podemos contemplar las facciones del gran satírico. Los dos más importantes monumentos que las representan se hallan en la Biblioteca Nacional, y consisten en un busto y un lienzo, que eran propios, dicen, del real alcázar, y los donó á aquella oficina Felipe V.

En el busto la cabeza, de barro cocido y obra de valentísimo cincel, está llena de expresion y de vida; tanto, que maravillosamente semeja la verdad. QUEVEDO muestra sobre cincuenta y cinco años. Su fisonomía es melancólica y severa, su crencha hermosa, el entrecejo muy pronunciado, el labio grueso; muchas y antiguas cicatrices marcan su despejada frente; miran con indecision sus ojos, propia de un corto de vista.

De unos cuarenta años, con el cabello oscuro y limpio, las cejas en arco y algo rojas, las barbas levantadas y bien puestas, le presenta el lienzo, que tiene treinta y una pulgadas de alto y veinte y tres de ancho; copia de buen original, muy antigua; pero de mano poco diestra y sobresaliente. Se notan, no obstante, en el cuadro accidentados que la naturaleza ofrece tan solo, prueba clara de que el original se hizo á presencia de QUEVEDO.

Tanto en el lienzo como en la escultura, el semblante del poeta es algo más atrevido, pendenciero y acedo que en los grabados.

El más apreciable de estos engalana el *Parnaso español* que publicó don Jusepe Antonio Gonzalez de Salas, en 1648, bajo el amparo del duque de Medinaceli. Dibujó la lámina el gran Alonso Cano; pero el escultor Juan de Noort hubo de estropearla. Figura en el Parnaso Apolo coronando á DON FRANCISCO; y recostado un sátiro en las grutas del monte, enseña en un medallón el retrato del escritor insigne: retrato que ha sido modelo de cuantos recomiendan las publicaciones de Ibarra y de Sancha y todas las modernas.

Juan de Noort hizo otro retrato en 16.º, grabado con punta muy fina. Aparece QUEVEDO sin anteojos, en un óvalo que forman una palma y un laurel. Debajo en un lindo targeton se lee este verso de Ovidio:

Deme mihí studium
Vitae quoque crimina deme.

El señor don Valentin de Carderera posee este curioso ejemplar, que sirvió de original para las publicaciones de Bruselas y Amberes, copiado por Pedro Clouwet con poca fortuna.

No merece en verdad ninguna mencion el que precede á la *Política de Dios* (1633), delineado por Márcos de Orozco. Con aquellos entra en liza (y la semejanza del parecido y correccion del dibujo lo recomienda por extremo) el que de medio cuerpo, en actitud de escribir el poeta y coronándole un genio, se puso al frente de su vida en las impresiones, en 4.º, de Madrid desde 1713 á 1729; delineado en la corte, á vista de original excelente, por don Salvador

canso de la cama; y para divertir sus peregrinaciones llevaba en unas bizazas un centenar de libros muy pequeños de varia literatura (1). Reunió cinco mil cuerpos en su biblioteca, y llamaba al ocio *polilla de las virtudes y feria de todos los vicios*. Aprovechábase de los libros malos para no seguirlos, y de los buenos para imitarlos; y afirmaba no haber ninguno, por despreciable que sea, que no tenga alguna cosa buena, como ni algún lunar en el de mejor nota: «Catulo (decía) tiene sus errores, Quintiliano sus arrogancias, Ciceron algun descuido, Séneca bastante confusión, y en fin, Homero sus cegueras, y el satírico Juvenal sus desbarros; sin que le falten á Egecias algunos conceptos, á Sidonio medianas sutilezas, á Enodio acierto en algunas comparaciones, y á Aristarco, con ser tan insulsísimo, propiedad en bastantes ejemplos (2).»

Era diestro en las armas, de atrevido corazón, y consultor de todos los valientes. Retirándose una noche tarde y solo, en Madrid, oyó ladridos de perros y á lo lejos grita y alboroto. Grecia y se avecinaba el ruido, y al prevenirse con su espada y broquel en ademán de pelear se le clavó en el escudo una onza que de casa de cierto embajador se había soltado. No supo con la oscuridad quién le embestia, y arrojando el broquel dejó á estocadas muerta la fiera. Los amigos ponderaban el caso; pero les dijo QUEVEDO que á saber con quién se las había, le hubiera dado más cuidado (3).

Lograron sus adversarios solevantar á los serranos de la Torre de Juan Abad, animándoles á que sacudiesen el yugo de quien se titulaba señor «de lo que no era suyo, ni debía serlo en tanto que hubiese hombres en la villa». Púsole esta veinte y dos pleitos, y como para proseguirlos afirmase un villano que vendería sus propios hijos, «bien los puedes poner en venta (replicó el bienhechor del pueblo); pero no digas que son tuyos si ha de haber quien te los compre (4).»

El vulgo le atribuye todos los dichos ingeniosos, como refiere los hechos de fuerza al *Sanson de Extremadura*, Diego García de Paredes, y como aplicaron los antiguos á Hércules todas las hazañas. Los más de los chistes que se cuentan de QUEVEDO son apócrifos: citemos algunos verdaderos.

Jordan, y grabado por don Francisco Gazan con arte y gracia. Contradícese y equivócase grandemente don Agustín Cean Bermúdez en su *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las bellas artes en España*, al suponer en el artículo de Jordan hecha esta lámina en 1636, y en el de Gazan en 1650. Es error manifiesto. Los libros principales que en un estante parecen al lado de QUEVEDO, son los diversos tratados de la *Providencia de Dios*, escritos en 1641, pero no publicados por completo hasta 1713: á cuyo año debe indudablemente referirse el retrato.

En 1726 lo reprodujeron las prensas de Amberes, copiado muy bien por Pedro Balta y estampado por Bonttats.

Para la colección de Ibarra de 1772 abultó don Mariano Salvador Maella el de Cano de 1648, desnaturalizando la expresión del semblante; y lo grabó con acierto en Madrid Don Joaquín Ballester. De medio cuerpo se ve en esta lámina al autor de los *Sueños* en acción de escribir, á lo lejos descúbrese el Parnaso; y es bastante buena toda la composición.

El famoso don Manuel Salvador Carmona copió, alterándolo también, el rasgo de Cano para la *Colección de poetas escogidas de los más célebres poetas castellanos*, que sacó á luz Sancha en 1776. Mas para la edición de las obras de QUEVEDO, que hizo el mismo impresor en 1790, valiéndose del pincel delicado de don Luis Paret y del buril de don Juan Moreno Tejada.

Uno y otro grabado gozan, por su belleza y excelencia artística, de grande autoridad dentro y fuera de España. Pero cuán difícil es agrandar en pintura un objeto pequeño, resalta en que, sirviendo el rasguño de Cano de original para las copias de Maella, Carmona y Paret, todas difieren entre sí, y en todas es convencional la expresión del rostro del poeta, vivo trasunto del alma, que en los grabados se encuentra hoy desnaturalizada.

Fuerza es ya que los pintores acudan de nuevo á la fuente.

Esta no es otra que la escultura de la Biblioteca Nacional.

(1) «Sazonaba su comida, de ordinario muy parca, con aplicación larga y costosa; para cuyo efecto tenía un estante con dos tornos á modo de atril, y en cada uno cabían cuatro libros, que ponía abiertos; y sin más dificultad que menear el torno, se acercaba el libro que quería.» (Tarsia, pág. 29.)

«Tenía una mesa con ruedas para estudiar en la cama; para el camino libros muy pequeños; para mientras comía mesa con dos tornos: de lo cual son buenos testigos los mismos instrumentos que están hoy en mi casa, en la villa de la Torre de Juan Abad.» (El sobrino de QUEVEDO, en el prólogo de *Las tres musas últimas*.)

(2) Tarsia, páginas 31, 33, 34, 35 y 100.

«Cuán inclinado fué á la devoción y obras de religión cristiana, indicios son las limosnas que hacía, los buenos consejos que daba, los libros espirituales que sacó, y la frecuencia de los santos sacramentos de la Penitencia y Eucaristía. Guardaba un cuaderno en que tenía asentadas todas las confesiones que había hecho, así generales como particulares, desde que tuvo uso de razón; con que tomando el hábito de Santiago, no le hizo novedad la costumbre de tener los caballeros certificación de las veces que confiesan por obligación, y mucho menos la de juntarse los días solemnes á comulgar. Lo que se debe ponderar es, que se previno con tantas veras á la muerte, que fuera de las vivas diligencias que hizo estando enfermo, aun bueno y sano, pensaba muy á menudo en los medios para disponerse á ella. Y en los últimos años de su edad había hecho tales progresos en el desengaño del mundo, que solía decir á sus amigos: «No hallo cosa desta vida en que poner los ojos, sin que me haga un pronto recuerdo de la muerte.» (Tarsia, pág. 132.)

(3) Tarsia, pág. 60.

(4) Id., 118.—*Tribunal de la Justa venganza*.

Convidáronle, y á otros camaradas y amigos, para oír ciertas damas famosísimas en cantar y tocar el arpa. QUEVEDO, cuidadoso de encubrir la fealdad de su cojera, llevaba por lo común hábito largo; pero como al penetrar en la sala descubriese uno de los pies casualmente, provocó la burla y mofa de las alegres damas, tanto, que de ellas la más chusca dijo á los recién venidos que habían entrado con mal pié en aquella estancia. «Pues, señoras mías, aun hay otro peor en el corro», contestó el mesurado caballero, y sacó el otro más mal hecho y más torcido (1).

Al tiempo de sus bravas peloterías con aquel mimado culterano de quien dijo:

El doctor tú te lo pones,
El Montalban no lo tienes:
Con que en quitándote el don,
Vienes á quedar Juan Perez;

topó con algunos ociosos en la puerta de Guadalajara, que se divertían en ver un lienzo de san Jerónimo, á quien azotaban los ángeles, y rompió de repente en esta redondilla:

Grandes azotes le dan
Porque á Ciceron leía;
¡Ira de Dios, qué sería
Si leyese á Montalban!

Cuando dictaba su testamento, quiso persuadir á DON FRANCISCO el vicario de Villanueva de los Infantes á que dispusiese con músicos un lucido entierro, digno de persona tan principal; mas prontamente replicó el enfermo: «La música páguela quien la oyere (2).» Su apacibilidad y gracia en el decir no tuvieron, ni después han tenido, rival en España.

Hé aquí al poeta y gran político tal como aparece de sus obras y de los documentos fidedignos de su época. Acaso haya abierto algun lector este libro pensando oír la historia de un ser maravilloso, y ha encontrado la de un hombre con sus grandezas y miserias, sus debilidades y virtudes. Pero ya sabe su condición y vida. Ahora, si entra en anhelo de conocer su alma, lea sus escritos.

(1) Tarsia, pág. 105.

(2) Id., 144.

Madrid, 13 de noviembre de 1852.

AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.